

*La naturalidad con la que gran parte de la población, no sólo de la capital sino de todo el país, considera a la Ciudad Universitaria como espacio inherente al ser físico y moral de la nación, indica, con creces, la importancia de las instalaciones cuya inauguración en estos días conmemoramos. Sin duda debemos exaltar en nuestros reconocimientos la obra física, urbanística y arquitectónica sin precedentes que se realizó al iniciarse el decenio de los cincuentas; el enorme esfuerzo social y económico que implicó la construcción de una de las más hermosas y operativas sedes universitarias del mundo. Pero tras de analizar, ponderar y subrayar sus excelencias constructivas, sus valores estéticos, sus propuestas programáticas de funcionamiento —buena parte de los textos de este número conmemorativo así lo hacen— calculemos la gigantesca y profunda dimensión del conocimiento, las ideas, las experiencias de la enseñanza, la preparación profesional, la generación de proyectos regionales, nacionales y hasta internacionales que en la Ciudad Universitaria ha surgido, se ha vigorizado y recreado durante cuarenta años.*

*Se trata de una dimensión tan vasta que sus resultados y consecuencias alcanzan todos los ámbitos de la vida nacional: desde los minúsculos seres o elementos integrantes del ser físico hasta los más grandes y elevados aspectos de la vida nacional. Pensemos, asimismo, en la expedita incorporación a la cultura de México —que se ha llevado a cabo paulatina, ininterrumpidamente— de obras científicas, humanísticas y artísticas generadas por mexicanos y extranjeros en todo el mundo.*

*Por haberse integrado a la historia, la Ciudad Universitaria resulta todavía hoy continente funcional de los elementos que con sabiduría, originalidad y esperanza creadora nos permiten ver el pasado, el presente y el futuro de México.*

José Sarukhán